

des y aflicción de espíritu, háse penetrado, por propia experiencia en las luchas causadas por los bienes terrenos, que éstos son para todos los hombres, como para el magnánimo David, las lágrimas, el constante manjar del alma día y noche.

Es el reposo del que trabajando sin cesar por la gloria de Dios, exhala a toda hora, como riquísimo incienso de su alma, con S. Francisco Javier, esta oración tan vehementemente cuanto breve: - *Sat est, Domine.* —

Es el reposo, mi Jesús, del que arranca de su corazón todo afecto terreno, del que sufre toda contrariedad y persecución por seguir a Cristo, del que, no apeteciendo cosa ni temiendo daño alguno, grava en su corazón el *Deus meus et omnia* de S. Francisco de Asís; el *quid hoc ad æternitatem*, de S. Luis Gonzaga; el *esto no hace a mi caso* del Beato Juan de Avila; el *quotidie morior* de S. Francisco de Borja; el *ad majorem Dei gloriam*, del gran caudillo cristiano, S. Ignacio de Loyola, diremos por concluir. Los que trabajan sin descanso y todo lo sacrifican por conseguir que en el mundo sea conocida y hecha la voluntad de Jesús; los que habiéndolo dejado todo por seguir al Amado, se afectan tanto en seguirlo de cerca que en el día de la mayor tribulación siéntense confortados por haber recibido luces y fuerzas al ser recostado dulcemente sobre el pecho del Señor, estos son los que reposan confiadamente en Dios.

Y ¿quién que desee reposar en Dios no se acercará rendido y confiado al dichosísimo Belén donde se asienta humilde y gracioso el Pan vivo que ha bajado del cielo? ¿En dónde hallaremos mejor ayuda, más suave consuelo y más viril fortaleza?— Venid a mí, nos ha dicho, todos los que trabajais y soportais el peso de las flaquezas de la vida y yo os confortaré y hallareis el descanso para vuestras almas.

Y no creais que hacen falta largas horas para que el Rey del Sagrario nos haga sentir su paz que sobrepasa a todo otro descanso. Una sola mirada de sus ojos, un solo suspiro, un afecto que del Corazón Divino Sacramentado venga al nuestro bastará para iluminar los oscuros senderos de nuestra vida; para fortalecernos en nuestras mayores flaquezas y para consolarnos en nuestras mayores tribulaciones y así hallar en esta vida el mayor reposo, gustando con nuestro propio afecto la suavidad inefable del Señor.

Y si no será posible hallar en esta vida lugar donde se nos muestre el divino Modelo más en reposo que en el Sagrario ¿habrá acaso trono humano más adecuado para aprender esta sublime quietud del alma, que la cuna mil ve-